

# EL ALGORITMO DE LA

# MEMORIA

Por:

**María Juliana Soto**

Comunicadora Social

Universidad del Valle

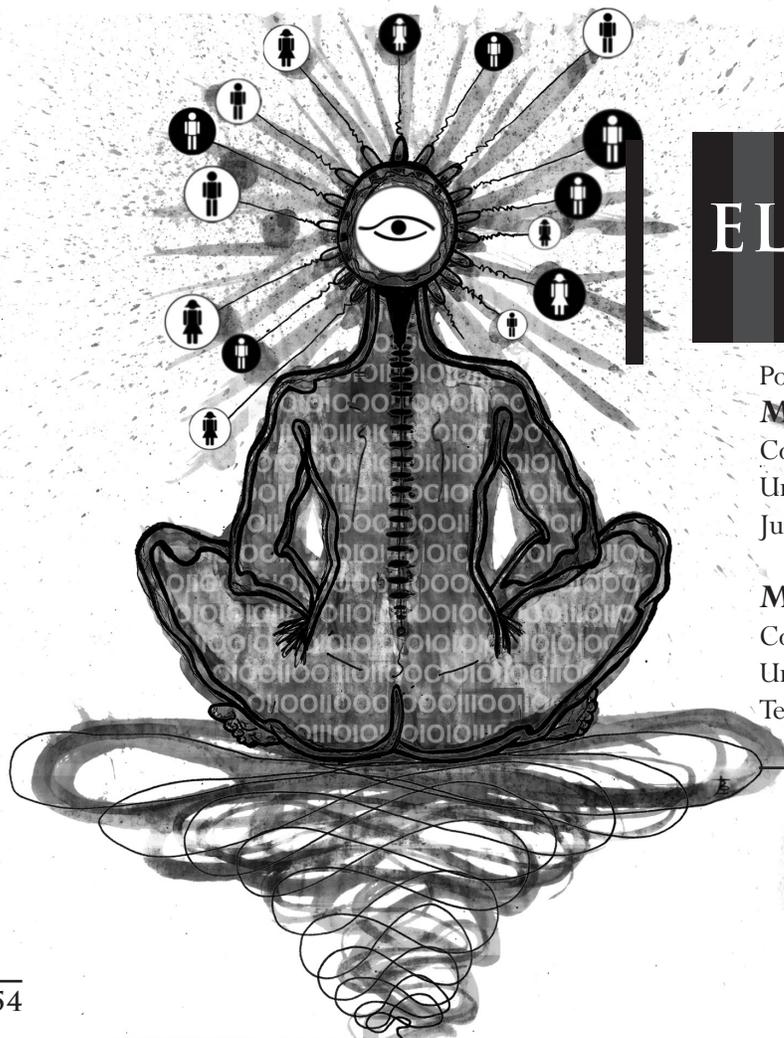
Julianita\_521@hotmail.com

**Miguel Tejada**

Comunicador Social

Universidad del Valle

Tejada004@gmail.com



*“El mundo se ha ido. Ahora tengo que llevarte”*

*Paul Celán*

## **Resumen:**

En enero de 2011 comenzamos a diseñar un taller sobre el tema que ha venido ocupando nuestras lecturas, y del que escribimos una primera reflexión en la revista Nexus No. 8<sup>1</sup>: cómo las prácticas de interacción humana en la era de las comunidades virtuales son hilos con los que se teje la memoria en nuestros días. El objetivo era participar en la cuarta versión de Campus Party Colombia<sup>2</sup>, a la que habíamos sido invitados. Este texto recoge algunas reflexiones sobre una experiencia que inició en marzo de 2011 en Popayán y culminó en julio del mismo año, en la ciudad de Buenos Aires, Argentina.

**Palabras claves:** Memoria, ciberespacio, narración, ética, redes sociales.

## **Abstract:**

In January 2011 we began to design a workshop about the matter of our readings: how the human interaction practices in the virtual communities age, are threads that weave the memory in these days. The aim was to take part in the Campus Party Colombia fourth version in which we were guests. This text collects some of the reflections about an experience that began in March 2011 in Popayan and ended in July 2011 in Buenos Aires, Argentina.

**Key words:** Memory, cyberspace, narration, ethic, social networks.

## Los glúteos expuestos de una pretensión

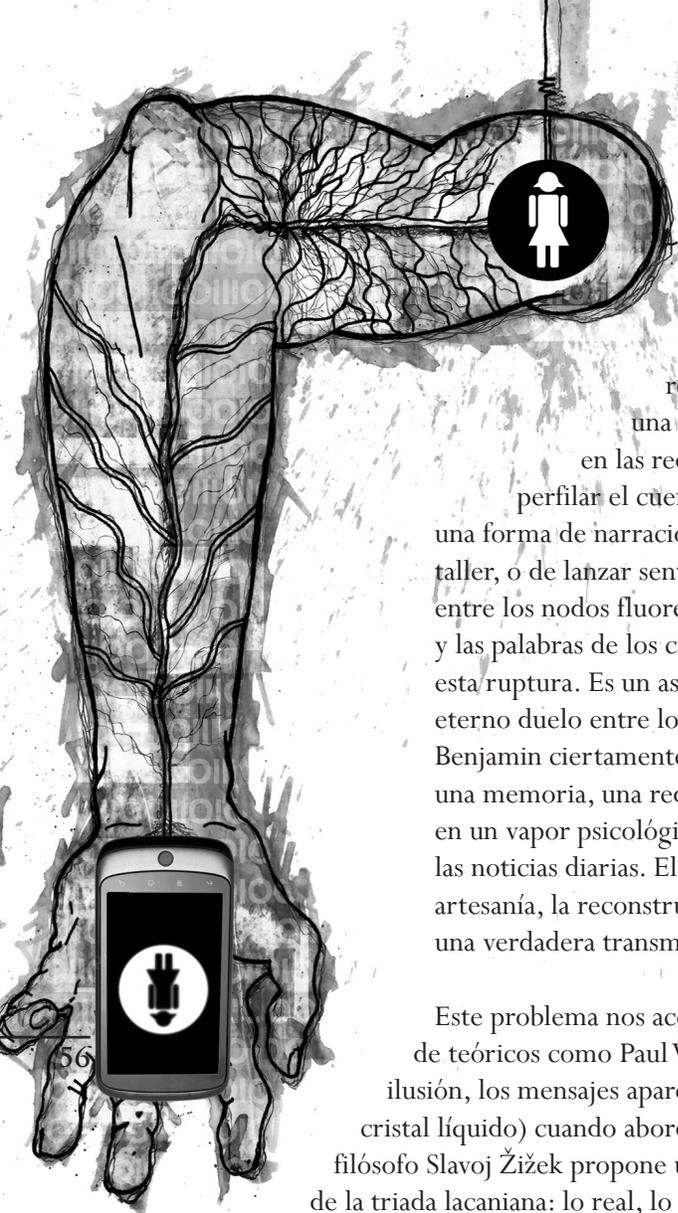
He aquí un recuento fragmentado de una experiencia traumática<sup>3</sup>. En la sala de espera de un aeropuerto internacional (tierra de muchos y de nadie a la vez, limbo alfombrado por el que se deslizan singularidades comprimidas en un amasijo de vísceras y huesos sin calcio) tenemos a un pasajero que observa la plataforma de parqueo a través de un inmenso ventanal. Frente a él tiene un reactor trasatlántico que lo mira como un elefante cansado. El pasajero sigue con poco interés el movimiento de los técnicos que van y vienen en carritos, cargando maletas y cajas, como hormigas en torno a un gigante dormitando. De pronto, el pasajero se percata de algo irregular: un perno que salta, un trozo de lámina que se despega de la corteza aluminica del aparato, un cortocircuito del tamaño de una luciérnaga. Algo malo, sin duda. Crece entonces en medio de su pecho la certeza de un destino incierto (aquella inexorable reflexión de laya mística que nos impone la muerte), enmudeciéndole, hundiéndole en las arenas fangosas de su convicción por el conocimiento: el avión que abordará en pocos minutos se irá de trompa contra alguna montaña, en medio de la nada. Esta es la imagen que bien puede describir nuestro caso: como el pasajero, vimos el fracaso, estacionado, respirando tranquilamente sobre nuestra mesa de proyectos. Así nace el taller.

Esta fue la pregunta inicial: ¿cómo está registrando la gente su participación en el ciberespacio; en foros, bitácoras y redes sociales? ¿Importa acaso dejar un registro? ¿Nos importa a nosotros? ¿Lo hacemos nosotros? No, ciertamente. En nuestro caso, toda la estela de aforismos de bolsillo y fantochadas sentimentales se ha evaporado en la espuma pálida del olvido cibernético. Con esta constatación empezamos a diseñar la metodología del taller: el participante debía unirse a un blog que abrimos especialmente para la actividad (<http://elalgoritmodelamemoria.wordpress.com/>)<sup>4</sup> y elaborar una reflexión, tomando elementos de su pasado en el ciberespacio para armar un *collage* que nos permitiera leer su propia lectura de sus andanzas. Aquí es importante señalar dos referentes que ayudan a esclarecer esta pulsión nuestra por ver al otro hurgar sobre su pasado cibernético. Para empezar, el texto *El narrador*, de Walter Benjamin, que señala la lenta agonía de la narración:

Con creciente frecuencia se asiste al embarazo extendiéndose por la tertulia cuando se deja oír el deseo de escuchar una historia. Diríase que una facultad que nos pareciera inalienable, la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencias (Benjamin, 1991).

El arte de narrar se aproxima a su fin, dice Benjamin; su aspecto ético de la verdad y la sabiduría se está extinguiendo. Tanto la novela moderna como el discurso informativo tienen parte en este proceso; la novela representa una ruptura, un alejamiento de las experiencias, la aventura épica es interrumpida (la dimensión práctica); “La cámara de nacimiento de la novela es el individuo en su soledad; es incapaz de hablar en forma ejemplar sobre sus aspiraciones más importantes; él mismo está desasistido de consejo e imposibilidad de darlo” (Benjamin, 1991).





Esto último nos sirvió como base para justificar el taller; la duda sobre la existencia de una verdadera comunicación, de un intercambio efectivo. Tuvimos la pregunta en la punta de la lengua durante algunos días, y la pusimos en discusión con amigos y conocidos, encontrando rápidamente toda suerte de reparos. Parecía bastante apocalíptico y hasta conspirativo hablar de una incomunicación, o de un autismo hedonista y cínico predominante en las redes sociales cibernéticas. Esta serie de objeciones nos permitió perfilar el cuerpo del problema: no sólo se trataba de señalar la pérdida de una forma de narración tradicional en el historial cibernético de los participantes del taller, o de lanzar sentencias nostálgicas ante la abundancia de vacíos, de silencios<sup>5</sup> entre los nodos fluorescentes que unen los vectores por donde viajan las imágenes y las palabras de los cibernautas, sino de sacar a la luz las posibles consecuencias de esta ruptura. Es un asunto ético: los acontecimientos se disuelven rápidamente en el eterno duelo entre lo actual y lo caduco, como ocurre con el discurso informativo, y Benjamin ciertamente hace referencia a esto: no hay un ejercicio de ilación, no se teje una memoria, una red que nos sostenga en medio de la nada; las historias se cocinan en un vapor psicológico que nubla las facultades interpretativas; el mejor ejemplo son las noticias diarias. El afán por la explicación inmediata (que supera el arte de narrar, la artesanía, la reconstrucción) arranca al espectador de cualquier asiento ético. No hay una verdadera transmisión de conocimiento, de sabiduría, como afirma Benjamin.

Este problema nos acerca por momentos al discurso apocalíptico de teóricos como Paul Virilio o Jean Baudrillard, (la fugacidad, la ilusión, los mensajes apareciendo y desapareciendo en pantallas de cristal líquido) cuando abordan el tema del ciberespacio. Al respecto, el filósofo Slavoj Žižek propone una lectura del ciberespacio (2010)<sup>6</sup> a través de la triada lacaniana: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Para el caso de lo Real, bien podemos escuchar las predicciones pesimistas de algunos teóricos (¿es el ciberespacio una inmersión perversa, estúpida, en una piscina ególatra?), y ver hasta qué punto sus lecturas nos ubican en una perspectiva clara, comprensiva.

Esta perversión hallada en el mundo cibernético consiste en la negación de presiones fundamentales, dice Žižek; el caos rizomático libera al individuo<sup>7</sup>. Benjamin también nos da una curiosa luz al respecto, volviendo al texto del narrador: al parecer hay una nueva belleza en aquello que se desvanece, y esto, dice Benjamin, es algo que viene de muy atrás. La reflexión de Žižek nos lleva a un plano psicoanalítico, y aquí debemos preguntarnos si nuestra inquietud acerca del devenir ético de las comunicaciones, de los textos y las imágenes que circulan por el ciberespacio, no debería tomar en cuenta estas necesidades angustiantes, verbigracia la lucha cotidiana con los traumas, con los objetos del deseo o las fobias. En el mundo ajeno y todavía inabarcable del ciberespacio, en las redes sociales, en las comunidades virtuales, estas imágenes prohibidas podrían pasear de la mano con nosotros, podrían dormir a nuestro lado (los análisis que hace Žižek del cine de David Lynch van en esta dirección), y así volverse de pronto experiencias lúdicas. Las bromas (los comentarios pesados, lo indecible) podrían volverse afirmaciones serias, o viceversa. Todo esto, en resumen, implica un paso afuera del molde social. Esto es el ciberespacio, esto fue lo que, por fortuna<sup>8</sup>, no vimos con claridad a la hora de enfrentarnos al taller.

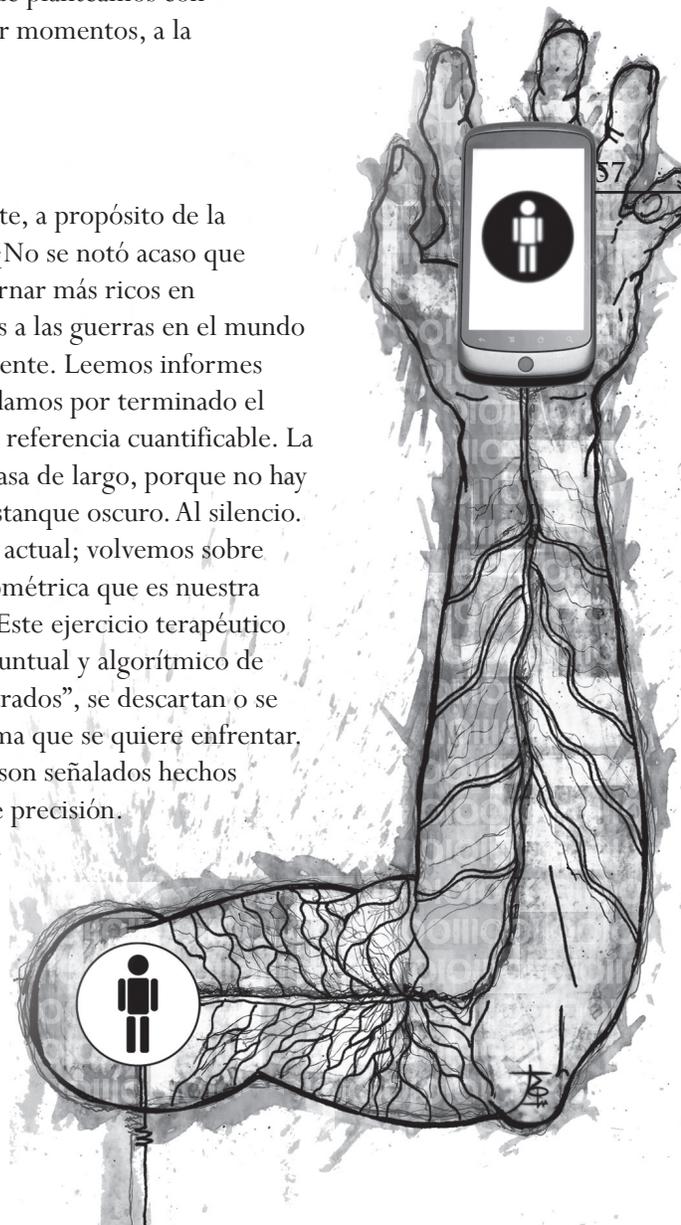
## El blog

Una vez definida la metodología del taller, pasamos al ensamblaje de las secciones de la bitácora: presentación, objetivos, referencias, preguntas frecuentes, etc. Aclaremos que, para el caso de la primera sesión (Popayán, marzo de 2011), el afán por cautivar a nuestra audiencia nos hizo saltar este paso tan necesario: presentar el blog a través de sus secciones. La pulsión se impuso sobre el método.

Lo más seguro es que a cualquier peatón ingenuo ya se la ha ocurrido lo siguiente, donde sea que esté aferrándose a las lianas emocionales del mundo: las generaciones posteriores al psicoanálisis y a la resaca capitalista, vivimos sobre una suerte de pandereta gigante, a la cual estamos atornillados por nuestra propia incertidumbre. Claro, pero esta desazón define el uso cotidiano—a través del conocimiento<sup>9</sup>— que hacemos del mundo, nuestra relación con el conocimiento, lo que buscamos desde el mismo día que decidimos partir del paraíso. Este tira y afloje predomina pues en la presentación del taller: por un lado, no sabemos con seguridad si el tono evangélico de nuestras observaciones se está elevando en espirales melodramáticas, en conspiraciones cinematográficas sobre lo que está bien o está mal. La gente suele mirarlo a uno con perplejidad, y en esta mirada tan ambigua caben, como podemos sospechar, la burla y la admiración. Revisemos pues algunos fragmentos de aquello que planteamos con relativa facilidad en la plataforma del blog, y que se nos olvidó, por momentos, a la hora de enfrentarnos cara a cara con un auditorio lleno de gente:

### Presentación

Walter Benjamin nos llama la atención con una imagen contundente, a propósito de la desaparición de nuestra facultad para intercambiar experiencias: “¿No se notó acaso que la gente volvía enmudecida del campo de batalla? En lugar de retornar más ricos en experiencias comunicables, volvían empobrecidos.” Nos referimos a las guerras en el mundo como acontecimientos brutales que se pueden explicar históricamente. Leemos informes en los periódicos, miramos fijamente las pantallas de televisión y damos por terminado el recuento. Pasamos a otro tema. El mundo se ha convertido en una referencia cuantificable. La información nos atraviesa, como si estuviéramos hechos de aire. Pasa de largo, porque no hay red que la atrape. La corriente del olvido arrastra casi todo a un estanque oscuro. Al silencio. La memoria vive en el tiempo, y a ella accedemos sin el afán de lo actual; volvemos sobre la experiencia como buscando nuestras huellas sobre esa playa kilométrica que es nuestra vida. Algo distinto ocurre con el trauma: la evocación indeseable. Este ejercicio terapéutico nos aleja del arte de narrar; la sesión psiquiátrica es un recuento puntual y algorítmico de acontecimientos. Por lo general, una vez que éstos logran ser “aclarados”, se descartan o se archivan bajo llave. De ellos se extrae lo que da cuenta del problema que se quiere enfrentar. Aquí encontramos una familiaridad con el relato histórico, donde son señalados hechos puntuales y coyunturas; se citan nombres y lugares, con un afán de precisión. Los acontecimientos se explican, para poder seguir adelante. En la narración, los rastros, las impresiones, las lecturas, las voces, van tejiendo una red que sobrevive al paso del tiempo. Resiste el embate de huracanes y tormentas atómicas. Esto es lo que nos ocupa en este taller.



Queremos conocer la huella del mundo, la que nosotros dejamos, tal vez sin proponérselo. Las explicaciones acerca de lo que pasa están en un plano informativo. A veces nos cuesta verlas con nitidez pero, están ahí, mientras que las marcas de la experiencia del mundo, las historias personales, las historias laborales, las historias urbanas, las fotografías, los sonidos, van quedando esparcidos, llegando a lugares remotos, escapando de nuestra atención.

Con la digitalización de la información y el avance de los dispositivos tecnológicos que hacen posible el almacenamiento (casi ilimitado) de datos, algunos aspectos a propósito de la relación de los individuos con la memoria merecen ser revisados. Parece pues que no hay, en el fondo, pretextos para seguir mirando las cosas de la misma manera. Las palabras, los recuerdos, las imágenes, ya no son llevadas por el viento del olvido. Las huellas de nuestro paso por este mundo, archivadas, indexadas en servidores, siguen intactas, nítidas. Hagámonos entonces algunas preguntas: ¿Qué hacemos con todo eso? ¿Cómo nos diferencia esto realmente de nuestros padres y nuestros abuelos? ¿Por qué tenemos la sensación de que las cosas desaparecen más rápido que nunca?

Para reflexionar sobre estas preguntas, queremos que los participantes del taller construyan una narración a partir de su experiencia en la red. Desde sus primeros pasos —tímidos y dificultosos— por las primeras páginas que conocieron, hasta la convivencia/participación en las redes sociales hoy día. En este último aspecto nos detendremos, dada la lógica de intercambio de mensajes e información y de generación de contenido propio. Pensamos en un relato libre. Cada participante decidirá cómo lo presenta.

Lo que pretendemos plantear, en resumen, no se centrará en el análisis psicológico de las muestras. Esto podemos dejárselo al discurso informativo; como bien lo dice Walter Benjamin, la diferencia fundamental entre lo narrado y lo informado reside en la lógica explicativa de esto último. La noticia debe mostrarse tangible y “real”, mientras que la narración se mantiene viva en la memoria de la gente en tanto prescinde de las explicaciones inmediatas. El narrador y los oyentes podrán volver una y otra vez sobre las huellas del relato, buscando significados, creando otros nuevos, hilando experiencias, anécdotas, leyendas, imágenes. Esta reflexión va más allá del enfrentamiento entre noticia actual y relato; es decir, la información inmediata sobre los hechos tiende a pasar sobre la atención de los espectadores como un fenómeno natural. Como un terremoto. Pero a su paso quedan esparcidas las historias, buscando la concatenación. Este es el acto paciente y elaborado que nos interesa. Aparecerán explicaciones, sí, con seguridad, pero no serán aquello que determine la calidad o la pertinencia de un relato. Recojamos las huellas y tejamos sobre la red.



La idea es descubrir la presencia (la reflexión, la comprensión) de una experiencia de vida (las tragedias y las alegrías de un país o de una ciudad), en las manifestaciones cotidianas que hacemos en la red.  
Y esto acordamos, a manera de objetivos:

Los objetivos del taller son:

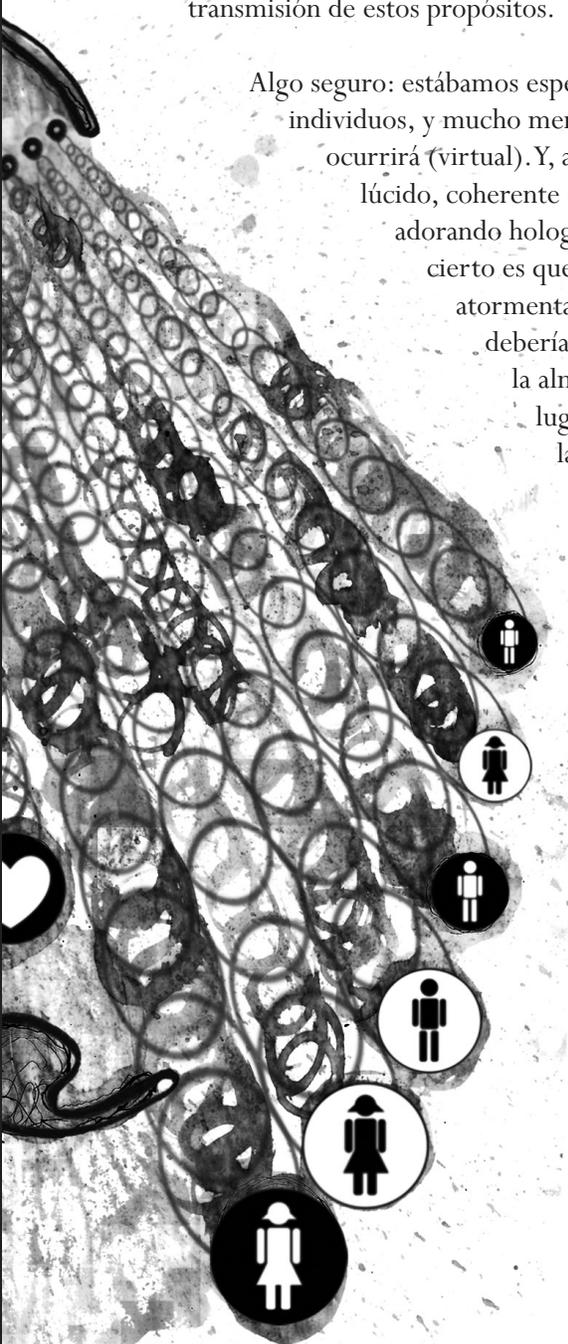
- <sup>1</sup> Reflexionar acerca de los contenidos generados en la red (foros, redes sociales, blogs) poniendo especial atención en la fijación de una huella.
- <sup>2</sup> Reflexionar acerca del almacenamiento de información y el lugar de la memoria en la era digital.
- <sup>3</sup> Construir un relato que sirva como experiencia y eslabón en el tejido de la memoria del mundo, en esta época de las plataformas digitales.

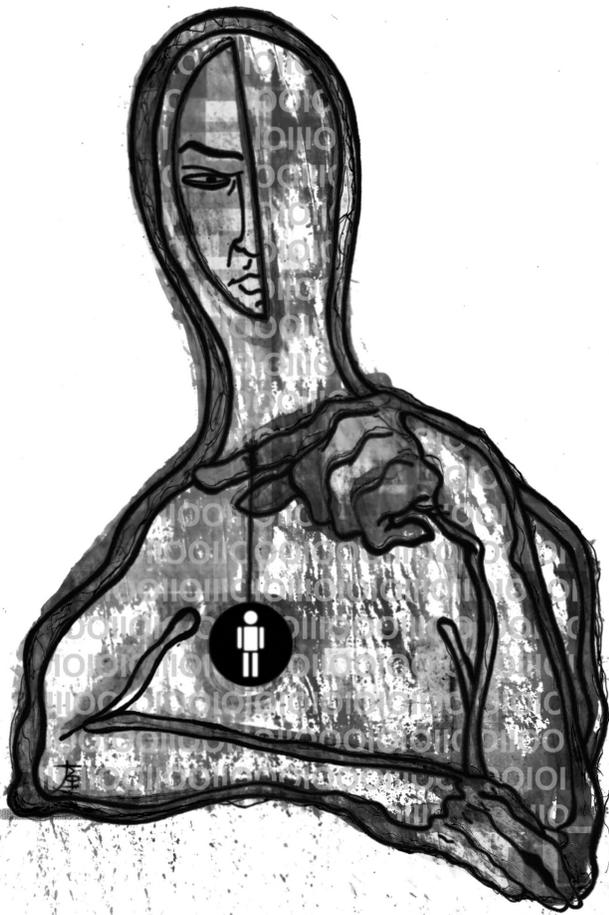
Veremos, más adelante (cuando volvamos sobre la experiencia en cada ciudad), qué tan exitosa fue la transmisión de estos propósitos.

Algo seguro: estábamos especulando sobre un lugar que no está ubicado aún en la línea temporal de los individuos, y mucho menos sobre una definición filosófica consensuada. Ocurre, ocurrió, tal vez ocurrirá (virtual). Y, además, no sabemos qué estatus tiene nuestra participación; ¿es un escape lúcido, coherente con lo que hemos venido haciendo, hacia lo artificial? ¿Terminaremos adorando hologramas de árboles y de focas que aplauden como idiotas? Tal vez, porque lo cierto es que la inminencia de una catástrofe ambiental (y social, por supuesto) no logra atormentarnos. Lo artificial, como plantea Žižek cuando despotrica del ecologismo<sup>10</sup>, debería ser aceptado como nuestro destino. Seguimos durmiendo igual, babeando la almohada. Nos situamos entonces frente a un escenario parecido al limbo, un lugar donde la idea de trabajo, o de esfuerzo, no tienen cabida. No es entonces la tierra a la que fuimos condenados, para sufrir, para trabajar, pero tampoco es el paraíso. ¿Queremos acaso volver al paraíso que despreciamos?

### Dando forma al edificio teórico

Durante la presentación teórica que realizábamos antes de dar luz verde a los participantes, hicimos un recorrido a través de una serie de referencias al cine, a la música y a la literatura, con la intención de conectar los puntos en los cuales dichas obras hacían alusión explícita o no al tema de la memoria. Y para mostrar, además, cómo a partir de ellas es posible ver la ruta que ha recorrido el tema, a propósito de lo que Daniel Pécaut señaló en una conferencia en el año 2003: “nunca el tema de la memoria había ocupado un lugar tan destacado como en los años recientes, no solamente en las ciencias sociales, sino en la presentación que los individuos suelen hacer de sí mismos” (Pécaut, 2003:113). Esto, como mostrará Pécaut más adelante, no tiene mucho que ver con un verdadero ejercicio de construcción de una memoria, entre otras causas por la presencia de rupturas, de vacíos en la relación de los individuos con la dimensión práctica—concreta— y simbólica del Estado y sus luchas, sus conquistas.





60

Para el caso de Colombia esta afirmación cae como anillo al dedo. Las lógicas opacas (las alianzas, las nuevas formas de financiación de la guerra, la búsqueda de control económico), el terror desde el que se ha engendrado una memoria de acontecimientos aislados (“ese día de la masacre”, “ese día ellos llegaron”) y la convicción de que se trata de una repetición, un trauma infinito que se recrea una y otra vez, como un mal sueño<sup>11</sup> (es lo mismo que sucedió en la Violencia) le han dado forma (por así decirlo) al conflicto armado, entorpeciendo la construcción de un relato que dé sentido al horror. Cada bando se encarga de hacerse a elementos ideológicos comunes para interpretarlos a su manera y tratar de posicionarlos hegemónicamente en el espectro social.

Entre las referencias también estaba “Funes el memorioso”, la narración de Borges escrita en 1942 que trataba sobre un tal Irineo Funes, joven de memoria prodigiosa cuyos recuerdos componían una colección de estampillas únicas de cada instante que estuviera disponible a su percepción.

Bajo la sombra de la higuera estas láminas fueron guardándose en su cabeza con observaciones, fechas y especificidades sensoriales propias de los instantes inolvidables, levantándose como telarañas por las paredes y cercándole para siempre la posibilidad de pensar. Esto nos permitió proponer una lectura particular del tema de la memoria, destacando en ella de presencia de vacíos, de olvidos necesarios. No se trataba pues de un recuento mecánico y perfecto, sino de una serie de nodos significativos en la red temporal, un sistema de conexiones relevantes para la vida del individuo.

A través de imágenes inconexas (en apariencia) tomadas de varios documentales y unidas por la lectura de una serie de cartas, la película de Chris Marker “Sans Soleil” (1983) es quizás una de las referencias más claras a la red que sostiene aquel don de narrar nombrado por Walter Benjamin<sup>12</sup>. Entre las cartas escritas desde África y Asia sale a la luz la siguiente pregunta: “¿cómo la gente puede recordar las cosas que no filman, no fotografían, no graban? ¿Cómo se las arregla la humanidad para recordar?”.

Marker confiesa una incertidumbre fundamental ¿podré conservar estas bellas memorias sin la ayuda mecánica de los aparatos? pero al mismo tiempo nos resuelve algo: el aspecto limitado y selectivo de la memoria, como el encuadre de una cámara, como el alcance de un micrófono.

¿En qué momento la transmisión de instantes, de imágenes y de sonidos, de olores, de sabores, pierde todo sentido? ¿Cuál es el punto donde este flujo se corta? Esto fue lo que preguntamos en las sesiones, pensando en la idea de construir, con las reflexiones en el blog, una especie de cápsula del tiempo. La idea era pues hacer una lectura consciente de nuestros momentos y seleccionarlos para enviarlos al futuro.

Entonces, ¿cómo determina uno la relevancia de tal o cual recuerdo? Usamos como ejemplo, para enriquecer esta cuestión, la novela *La posibilidad de una isla*, del francés Michele Houellebecq, una bitácora donde aparecen, por turnos, la voz de un personaje principal y las voces de sus clones en el futuro. En medio de este cruce de experiencias (la del presente y aquellas voces del futuro) caen trozos de granizo; partículas significantes congeladas, esquivas, que al lector sólo pueden darle una curiosa sensación de distancia. Uno de los clones observa archivos de video digital donde se explica, por ejemplo, la fascinación que tuvo del hombre del siglo XX por la pornografía. Para el clon que vive en el futuro, aquello tiene poco sentido. Como la fascinación poética con el mar o con el cielo. De nuevo ¿qué es lo que, en esencia, vamos a transmitir? Siguiendo con la literatura, ¿a quién no se le ha perdido un tío, un abuelo, una prima? preguntamos agarrando con los dientes el libro *Missing: una investigación*, que Alberto Fuguet escribió sobre su tío Carlos Fuguet, uno de esos tíos chiflados que un buen día desaparece y nunca nadie lo busca, salvo el propio Fuguet, su sobrino.

Con la referencia a Fuguet pretendíamos evidenciar cómo en su relato, construido con las cartas y conversaciones que sostuvo con su tío durante el proceso de escritura del libro, se dejaron ver las grietas, los tachones y los vacíos con los que escribe la historia de una familia.

Varios de los presentes opinaron en este punto. De alguna forma, las referencias que fuimos presentando rompieron aquel letargo insondable que sólo se puede comparar con el zumbido artificial de una granja de servidores apilados en línea recta, en algún depósito oscuro. “Mi abuela tiene Facebook” dijo alguien con el entusiasmo del que ha descubierto de qué diablos le han estado hablando. “Después de muchos años, continuó la persona, se pudo reencontrar con los familiares del extranjero”. La lámpara que nos iluminaba se vino al suelo y el estruendo ahogó nuestro lamento.

## Popayán, marzo de 2011. Departamento de Diseño, Universidad del Cauca

Para ir de Cali hacia Popayán hay que pasar muy cerca de lo que en algunos juegos de video de guerra se conoce como *zona de inminente peligro*. O en términos más criollos: el mismísimo infierno. La zona donde sólo un idiota (que bien puede escoger su destino, al fin y al cabo es un video juego) confundido y sin malicia terminaría dando sus últimos pasos. Por supuesto, esta cercanía se queda en un plano mental. A lado y lado de la carretera las montañas parecen esconder solamente el salvajismo y la brutalidad natural del monte. Nada más. De todas formas, así llegamos a la Facultad de Artes de la Universidad del Cauca, con la sensación de estar pisando cráneos y escombros ocultos bajo un inmenso tapete verde.

Llegada la hora de ocuparnos de la actividad, encontramos que la duda que plantean los participantes frente a las posibles virtudes de las redes en el escenario digital, tomó por momentos un tono de lección bien aprendida.

Esto leímos en sus reflexiones, una huella que probablemente se le pueda atribuir a los bostezos mordaces de profesores escépticos, o a los análisis desencantados que abundan en la red, como anticuerpos que atacan el mismo plasma que los nutre, o en últimas, a nuestras propias indicaciones durante la presentación del taller: no hay un esfuerzo narrativo claro, no hay una síntesis inteligible en los mensajes que circulan por los redes, etc. Este paréntesis reflexivo no puede perderse de vista, sobre todo cuando en el horizonte de análisis de estos relatos se asoman otras cuestiones relevantes: la construcción de identidad, la edificación (¿será este último término el más preciso, pensando en la direccionalidad heterogénea que parecen tener todos los datos?) de un discurso, etc.



Vemos pues que en la mayoría de los casos los participantes intentan situarse en un nivel de análisis teórico cuando abordan su uso de las redes sociales. Cuestionan la importancia y la trascendencia de lo que escriben, el alcance de sus manifestaciones, y las implicaciones en términos de privacidad, pero no identifican huellas concretas sobre lo recorrido:

*Por mi parte el uso del internet hasta mucho tiempo e incluso antes de entrar a la universidad fue tan sólo un medio de entretenimiento donde sabía sólo lo que quería saber...y donde me comunicaba de alguna manera con mis amigos y demás, pero sólo teniendo como prioridad a aquellas personas a que me interesaban por el momento. (Natalia Fernández, Universidad del Cauca).*

Otro ejemplo, en este caso algo más visceral; poco a poco fuimos descubriendo una suerte de indiferencia frente a la cuestión. Verse hoy, de repente, conectado al ciberespacio, resulta molesto de analizar, de recordar, como volver sobre la imagen de los vellos que afean el cuerpo durante la pubertad.

*No recuerdo, ni quisiera recordar tampoco el primer día que cogí un computador y navegué por internet, quizá tampoco recuerde qué página, qué video puntualmente fue con el que me inauguré en este mundo frío, mecánico e inhumano. (José David, Universidad del Cauca).*

Ese día, hacia el final de la tarde, fuimos invitados por los profesores a un conversatorio.

La idea era comentar lo sucedido durante el taller, en horas de la mañana. La dinámica fue un fracaso. Los estudiantes permanecieron callados casi todo el tiempo, y sólo cuando los obligamos (prácticamente) a participar, balbucearon un par de cosas. Lo interesante de este cierre, fue encontrar, *in situ*, una relación coherente con una lectura que hicimos de E.M. Cioran, en preparación para el taller:

*No se imagina uno a Dante o a Shakespeare anotando los menudos incidentes de su existencia para ponerlos en conocimiento de los otros. Quizá incluso tendían a dar una falsa imagen de lo que eran. Tenían ese pudor de la fuerza que el deficiente moderno ya no tiene. Diarios íntimos y novelas participan de una misma aberración: ¿qué interés puede presentar una vida?*

E.M. CIORÁN "La tentación de existir"

Con la lectura de este breve fragmento dimos por terminado el conversatorio. Fuimos aplaudidos vigorosamente.

Cali, abril de 2011. Escuela de Comunicación Social, Universidad del Valle

Ser invitados a la Semana Caligari significó para nosotros un regreso al hogar que nos formó como lectores. Digámoslo con algo de mordacidad, siempre con una intención positiva: volvimos a la escuela que nos volvió paranoicos, por fortuna. No sabemos muy bien si dentro de la programación del evento se podía leer con claridad la pertinencia del taller. O su irrelevancia, claro. Nunca estuvimos seguros de nada, hasta el día que tuvimos que vernos las caras con los participantes. Tal vez fue un acierto empezar con la siguiente captura de pantalla, tomada en un día cualquiera de los que ocurren en Facebook:

#### *PETICIÓN ERRÓNEA*

*El servidor encontró tu pedido confuso y no sabe cómo proceder*  
*ACEPTAR*

Esto, dijimos, lleva la discusión a un punto bastante paradójico: la mediación de los dispositivos, o mejor, de los trozos de silicio cuya inteligencia artificial es alabada sin mucho reparo por el hombre. Así es como un algoritmo nos habla, y, así es como le respondemos: confiándole nuestras vergüenzas, usando sus tentáculos para enredar nuestra existencia, para estimular de manera compulsiva nuestra vanidad. Al respecto, mostramos otra captura de pantalla, robada de un perfil de Facebook al que tuvimos acceso, por accidente. En la imagen vemos a un tipo obeso pasando sus vacaciones de verano, exhibiendo con desparpajo sus carnes fofas, sonriendo morbosamente ante la presencia de cuerpos torneados de mujeres que bien podrían ser sus hijas. Y bien, esto precisamente se materializa, esto ocurre, en tiempo real. Esta horrible probabilidad: debajo de la foto, aparece el comentario de alguien que dice ser su hija.

La recriminación, por supuesto, no se hace esperar, aunque se aleja con prudencia del plano sexual. El tipo resulta ser un irresponsable que prefiere gastarse en vacaciones tropicales con quién sabe quién el dinero que debe enviarle mensualmente a su hija. La discusión sigue, tornándose insoportable, dramática, vergonzosa. El implicado se defiende, luego llega un tercer comentarista a mediar, etc. Todo esto servido en bandeja de plata. Y después, pensamos, queda una especie de desaire. La discusión se sostuvo en el vacío, en la sorda inmensidad de una planicie numérica. Así lo encontramos en un fragmento de *La posibilidad de una isla*, la novela de Michele Houellebecq, así lo compartimos aquel día, frente a los estudiantes de comunicación social:

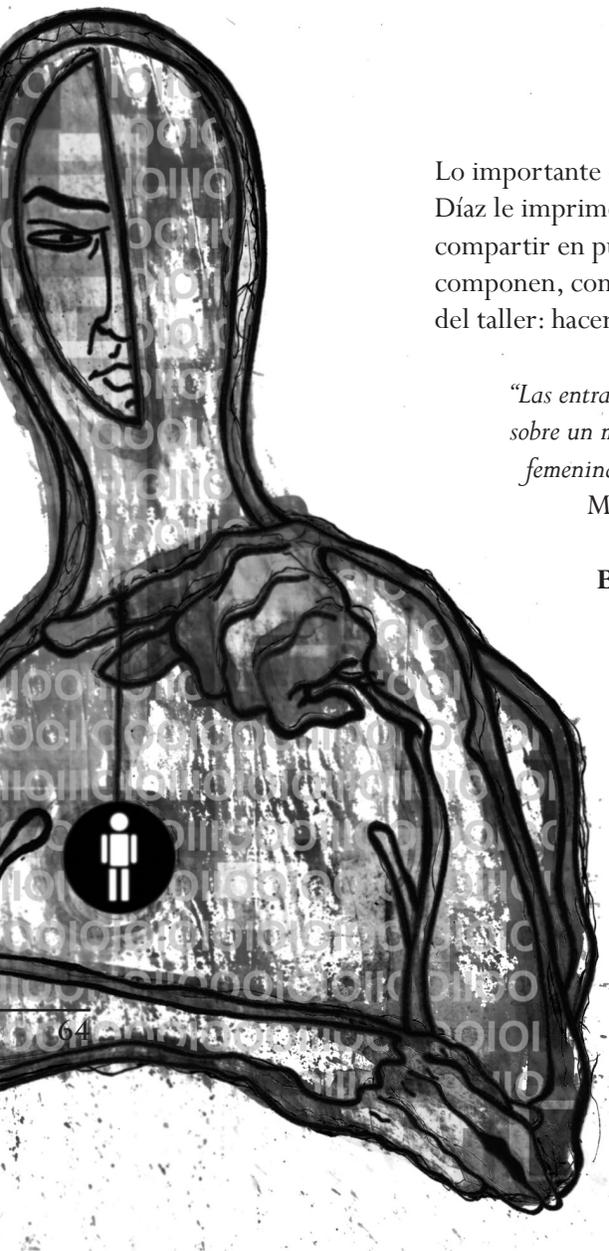
*El mar ha desaparecido, y el recuerdo de las olas. Tenemos documentos sonoros y visuales; ninguno nos permite sentir realmente la empecinada fascinación del hombre, como atestiguan tantos poemas, ante el espectáculo en apariencia repetitivo del mar estrellándose contra la arena. (2005)*

Aunque en la mayoría de los casos la respuesta fue bastante similar a la que recibimos en la Universidad del Cauca (en cuanto al intento por teorizar y buscar literalmente los pasos olvidados en Internet), encontramos una disposición más clara para ubicarse de manera más racional frente a la interacción con la tecnología, especialmente con Internet y las redes sociales; se mencionó pues la futilidad de la experiencia, incluso lo despreciable que puede llegar a ser para alguien que —aunque esto no es explícito— prefiere leer los clásicos bajo un palo de mango. Era imposible engañarnos, asistimos a una versión anterior del mismo *stand up comedy*.

Miremos pues el siguiente aporte recibido aquel día, durante el ejercicio:

*“+ Sinopsis: redes de socialidad / vivir sin nombrarlo”*

Utilizando varias capturas de pantalla tomadas de su perfil de Facebook, María Andrea Díaz elaboró una secuencia cronológica que inicia con el momento en que decide abrir su cuenta en la dichosa red.



Lo importante de esta serie de postales que va superponiendo, es la reflexión que Díaz le imprime a cada momento, por banal y muy privado que sea, el ejercicio de compartir en público la artesanía de su historial, de volver sobre las minucias que componen, como fibras diminutas su tejido, se acerca bastante al propósito principal del taller: hacer una lectura reflexiva.

*“Las entradas de María Andrea se convierten de alguna manera en una suerte de huella sobre un modo de sentir (un malestar social, relacionado con la memoria y las identidades femeninas). Todo esto porque María Andrea no encuentra nada mejor que postear/poner.”*

María Andrea Díaz (Universidad del Valle).

### **Bogotá, junio de 2011. Campus Party Colombia**

Llegamos a Bogotá recitando a Philippe Ariés (1995), con su idea “historias domésticas”. En el proceso de asentarse en un territorio ideológico, en la búsqueda de un norte, el historiador francés encuentra un país negado, oculto por el gran relato histórico. Las historias privadas. Aquí lo más importante será lo que esto significa en términos de identidad, o, como dice después, puliendo su análisis, de diferencia: la individualidad y el carácter particular de cada historia adquieren una relevancia importante en este enfoque. Estamos hablando de un discurso que escapa al resplandor totalizante de la Historia oficial, un discurso que emerge de entre las grietas, para dar cuenta de procesos sociales, de dinámicas culturales ignoradas en el gran relato universal. Aquí vale la pena pensar en lo conveniente que ha resultado para las maquinarias dominantes un relato que resalte falsas diferencias, o que se invente pugnas ideológicas para simular un ideal democrático. Las verdaderas diferencias estarían pues enterradas, y eso es lo que planteamos en Campus Party: detrás del discurso tecnológico, tan emocionante y deslumbrante, se pueden colar historias de vida que evidencien procesos contradictorios, caprichosos. La respuesta de los asistentes a la charla es fría, lejana. Es claro que hemos venido a semejante evento a posar como aguafiestas. Y bien, a nuestras espaldas, un proyector que dispara miles de lumens por segundo hace estallar sobre una tela blanca la palabra Aguafiestas<sup>13</sup>.

La gente se pregunta al final del taller y nos pregunta a nosotros—lo que es peor— “y ustedes ¿cómo lo hacen?” ¿cómo hacen para ser éticos en Internet, para dejar una huella significativa, para pensar...? Lo interesante es que no es sólo a nosotros y no es sólo este tema el que suscita esa clase de preguntas. Un día le preguntaban, de manera insistente, a un caricaturista: “de dónde te llega la inspiración”. Es lo mismo. El caricaturista contó su vida, habló de sus influencias literarias, de sus errores en la vida, pero al parecer eso no tuvo mucha importancia al final. Estamos acostumbrados a acumular conocimiento, pero no a pensar. Ese vacío nos convierte en unos cazadores de fórmulas mágicas. No escuchamos al otro, no escuchamos su relato, queremos que nos diga cómo lo hizo, cómo se sobrepuso al mundo.

Esto último permite hacernos un par de preguntas. La primera, y tal vez la más necesaria, tiene que ver con la importancia real de esta reflexión. Entendiendo aquí lo real como la médula más pura de cualquier pulpa filosófica: lo crudo, la verdad, lo que es, lo que sólo es, y punto. Necesitamos saber si avanzamos en la dirección correcta, si el tiempo que invertimos en esto finalmente florecerá, si será una idea concreta, un evangelio de los inadaptados. No sabemos si el hombre quiere sentarse a leer de manera reflexiva, si está interesado en hacer parte de este ejercicio. Imaginemos por un momento lo que sería el mundo después de esta nueva religión, pensemos, no como políticos si no como individuos pragmáticos. Cuesta renunciar al legado cinematográfico, a la ciencia ficción.

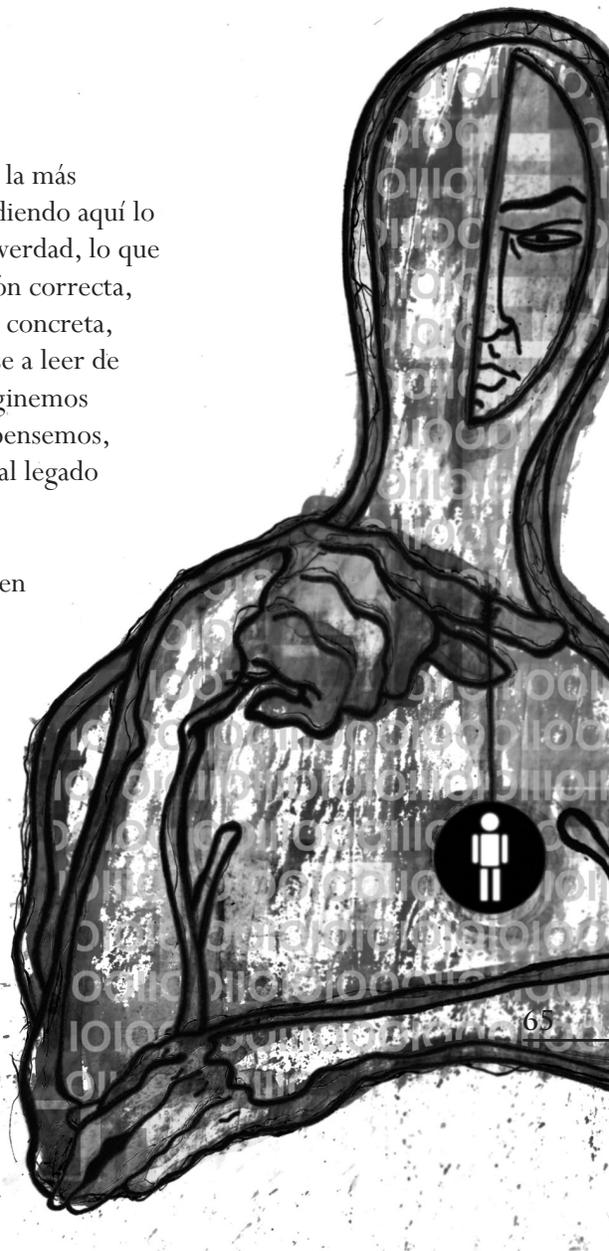
Viene bien recordar el comentario mordaz que una vez nos regaló un buen amigo, a propósito de toda esta iglesia de la consciencia que hemos montado: “vendría bien incluir un número de magia”, dijo. Reímos con el estómago. Somos malos para la risa genuina. Por supuesto que lo consideraremos, sobre todo en este momento. La cruzada ética global suena como el nombre de una compañía circense ¿No? Ahí lo tienen, ahí lo tenéis: magia, ilusionismo, prestidigitación, fantasía, virtualidad.

Luego de la experiencia en Bogotá no sentimos deseos de seguir haciendo cuentas en la cabeza, aunque es probable que, ya entrando en el espeso bosque del delirio onírico, empezara a formarse la idea de una despedida.

Esto, lo que vivimos hoy, parece el fin de un ciclo que otros iniciaron. Los tatarabuelos de nuestros abuelos, personas de las que poco sabemos. A veces vemos a la gente en la calle y nos topamos con un gesto de aceptación, con la sombra circunciliar que envuelve los ojos del que se sabe a punto de descerrajarse la cabeza de un tiro.

Hay una espeluznante pasividad en la respiración del hombre hiperconectado, del usuario cibernético. Aquí es cuando una voz metálica nos susurra: la información nunca tuvo un propósito humanitario (como los genes, que sólo quieren evolucionar, sin importar el precio).

Este acto circense, esta iglesia ambulante, sería pues el espacio y el momento para dejar un registro, algo parecido a las bitácoras que van dejando los humanos a sus sucesores<sup>14</sup>. Esto fue lo que empezó a escribirse tan pronto tomamos carretera rumbo al sur del continente. Es lo que están leyendo en estos momentos, palabras más, palabras menos.



## Lima-Buenos Aires, julio de 2011

*“Estoy en una cabina telefónica, después del fin del mundo. Puedo hacer tantas llamadas como quiera, no hay límite. No se sabe si otras personas han sobrevivido, o si mis llamadas sólo son el monólogo de un tarado.”*

“La posibilidad de una isla”, Michele Houellebecq.

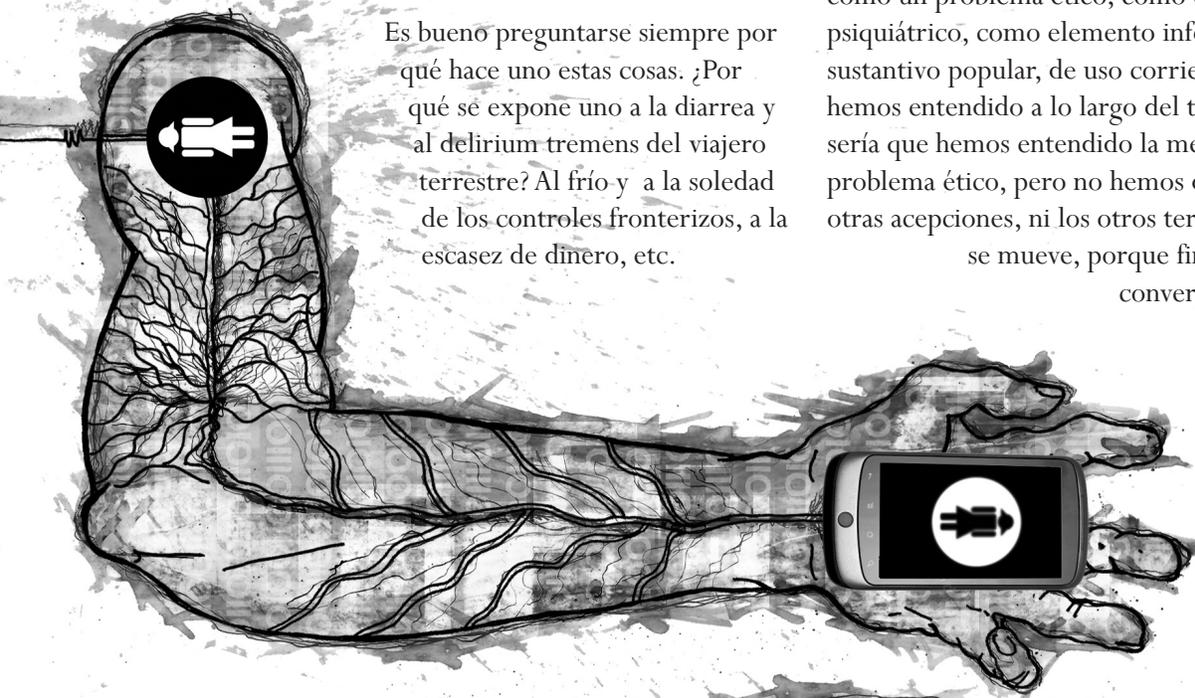
Apestanos a un tufillo irónico cada vez menos original fustigamos los lugares comunes de manera autorreferencial. Somos soldados de un frente que bien podría llamarse el meta-lugar común. Sobre todo cuando damos inicio a una charla. Se vuelve una paradoja pseudo filosófica que da vueltas sobre la cabeza del que habla, como un enjambre de abejas. Normalmente no lucimos así. Lo que ven los participantes de Escuelab en Lima (ojeras, cabellos en desorden, encías sangrantes, músculos flojos, pieles amarillentas) es el resultado de un lugar común. De un viaje. De un ejercicio de construcción de memoria, con todo lo que esto implica; con los vacíos y las imprecisiones, con el leve sopor que produce la convivencia y el espectáculo de la compañía de otros; con los lapsos de sueño mal logrado, la boca abierta y los ojos en el culo. Y los paisajes, improbables, y la comida, también improbable, par mal o para bien. Todo lo que se pasa por alto en las famosas guías de viajeros que por lo general terminan olvidadas en cualquier baño de cualquier terminal de paso (si es que antes no se les ha dado un uso más humano).

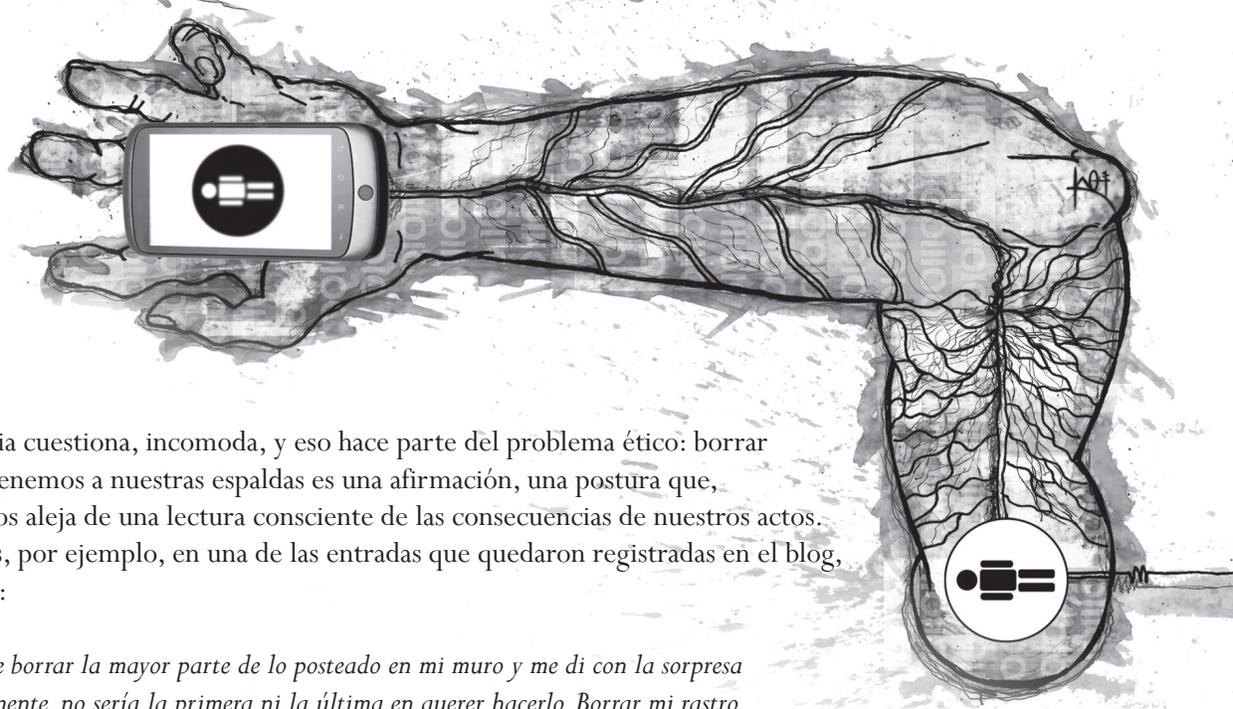
Es bueno preguntarse siempre por qué hace uno estas cosas. ¿Por qué se expone uno a la diarrea y al delirium tremens del viajero terrestre? Al frío y a la soledad de los controles fronterizos, a la escasez de dinero, etc.

Bueno, hay una especie de recompensa: un fajo de postales que uno promete guardar celosamente hasta el día que la muerte se aparezca; un pequeño tesoro que, aceptémoslo con humildad, será parte de eso que tan afanosamente buscaremos a lo largo de la vida: el sentido. El sentido de la vida, exista o no esta posibilidad (como despertar idiotizado y sucio frente al océano pacífico).

Volvemos en aquella mañana de julio, tan fría, tan limeña, a la pregunta esencial del taller ¿estamos dejando un registro? ¿Queremos volver algún día sobre estas huellas? Las fotos, por ejemplo, ¿las volveremos a ver? Recordaremos que el día que nos tomamos una foto en el centro de Lima, una multitud de cristianos limeños nos cortó el camino con una marcha en contra del homosexualismo? Tal vez, o tal vez sólo recordaremos que volvimos al hostel y dormimos con junto a un orate neonazi que se la pasaba hojeando todo el santo día una guía turística del Perú.

La memoria, como materia prima de la Historia, como un problema ético, como elemento psiquiátrico, como elemento informático, como sustantivo popular, de uso corriente. ¿Cómo la hemos entendido a lo largo del taller? La respuesta sería que hemos entendido la memoria como un problema ético, pero no hemos desconocido sus otras acepciones, ni los otros territorios en los que se mueve, porque finalmente todos convergen en la ética.





Porque la memoria cuestiona, incomoda, y eso hace parte del problema ético: borrar o ignorar lo que tenemos a nuestras espaldas es una afirmación, una postura que, decididamente, nos aleja de una lectura consciente de las consecuencias de nuestros actos. Esto encontramos, por ejemplo, en una de las entradas que quedaron registradas en el blog, aquel día en Lima:

*Al volver quise borrar la mayor parte de lo postado en mi muro y me di con la sorpresa de que, obviamente, no sería la primera ni la última en querer hacerlo. Borrar mi rastro y de mis amigos fue un trabajo que me tardó horas (hay que borrar uno por uno los comentarios) y resultó ser totalmente inútil. Quién leería todos esos comentarios si hay cientos multiplicándose en este mismo instante en “muros” ajenos? Probablemente sólo yo los leería y en ese caso el borrar el rastro de relaciones pasadas y de amistades ahora lejanas no era de ningún modo una catarsis. Lo único que logré y que logro en este momento mientras escribo es hacer memoria del intentar haberla borrado (¿borrado sólo virtualmente?). Sólo me queda preguntarme qué es exactamente eso que intenté borrar si hay cientos de partes de mí (en facebook y fuera de él) a las que ni siquiera sabría cómo llegar.*

*Para Facebook hacer borrón y cuenta nueva no es posible, para no tener historia mejor crear una nueva cuenta, una nueva vida virtual, con nuevos/ viejos amigos y un nuevo/ viejo nombre. No resulta más fácil borrar los recuerdos escritos ahí que los que llevamos con nosotros todos los días.*

*Después de darle vueltas al asunto, recuerdo que de niña pensaba que todos mis pensamientos y vivencias se almacenaban en un gran libro que me sería entregado al morir. En ese momento no se me ocurrió preguntarme qué haría con toda esa información una vez muerta, sino releerla infinitamente. Supongo que no es casual que esa pregunta se haga tan presente en este momento.” (Anónimo).*

### **Un salón completamente vacío**

Esto fue lo que encontramos en Buenos Aires, en el Encuentro Latinoamericano de Diseño. Nuestro destino final, nuestra meta, enfrentados a un silencio irrefutable, a la ausencia de cuerpos. Ya teníamos en nuestros bolsillos un par de diplomitas que nos certificaban como expositores. Ya podíamos pegarlos con babas a nuestras hojas de vida. Así, aturcidos por lo que parecía ser un desplante, nos fuimos por un choripán con cerveza, sin entender con claridad, para ese entonces, que el cierre había sido perfecto. Coherente en el plano simbólico, con las reglas que nosotros mismos fuimos poniendo a lo largo de la experiencia: la construcción de un relato en medio del silencio, en medio de espectros, de susurros que habitan en la hermosa y glacial nada.

<sup>1</sup> Tejada, Miguel y Soto, María Juliana (diciembre de 2010). “Andrés Caicedo conoce a Joe Brifcase”. Revista Nexus Comunicación, Número 8, páginas 240-249.

<sup>2</sup> Campus Party es reconocido como el mayor evento de tecnología, creatividad, ocio y cultura digital en red del mundo. Un encuentro anual realizado desde 1997 que reúne durante siete días a miles de participantes con sus computadores procedentes de toda España y de otras naciones, con el fin de compartir inquietudes, intercambiar experiencias y realizar todo tipo de actividades relacionadas con el computador, las comunicaciones y las nuevas tecnologías.

<sup>3</sup> Slavoj Žižek, a propósito del galimatías narrativo del ciberespacio, plantea dos lecturas: en el primer caso, en el caos cuántico donde abundan hipertextos y flatulencias conceptuales, encontramos un esfuerzo maniático (a veces lineal) por releer traumas específicos, por suplir acaso vacíos y deficiencias; un volver a la escena del crimen, al lugar donde yacen los restos humeantes de la nave siniestrada. En el segundo caso, habría que prestar atención a un aparente estado de tranquilidad que se logra a través de la lógica rizomática de los relatos en torno a un hecho traumático; la ausencia de reglas claras, de puntos de partida y de llegada; la negación de compromisos reales (la muerte o la identidad sexual) producirían en el individuo una especie de alivio.

<sup>4</sup> El taller, además de participar en Campus Party 2011, fue parte de la programación de cuatro eventos: Cuestiones de Diseño, en el Departamento de Diseño de la Universidad del Cauca, un espacio de encuentro entre los estudiantes y profesores del departamento, que facilita el intercambio con diferentes actores culturales invitados semanalmente; La Semana Caligari, en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle, una serie de eventos organizados por la escuela, a propósito del lanzamiento del grupo de Investigación “Caligari” dedicado al sonido, la imagen y la escritura audiovisual; Escuelab Lima en la ciudad de Lima, Perú. Un espacio académico y cultural que bajo el concepto de estudios dinámicos y modulares invita, a través de un proceso de selección por convocatoria permanente, a dictar talleres y organizar eventos relacionados con el arte, la ciencia, la tecnología y los nuevos medios; y en el Encuentro Latinoamericano de Diseño 2011, en la Universidad de Palermo, en Buenos Aires, Argentina, un espacio que nace en 2006, con el propósito de generar un lugar para la capacitación, la vinculación y el intercambio de experiencias entre estudiantes, profesionales, docentes y empresas relacionados con el campo del diseño.

<sup>5</sup> Es notable la imagen que presenta Benjamin en “El narrador”, el soldado que regresa enmudecido de la guerra, incapaz de darle forma a un relato, vacío como está ante el horror que acaba de presenciar.

<sup>6</sup> <http://zizek-en-castellano.blogspot.com/2010/05/lo-real-del-ciberespacio-el.html>

<sup>7</sup> “La paradoja es que esta confusión definitiva e impotente, esta falta de orientación final, lejos de provocar una angustia insoportable, es extrañamente tranquilizadora: la misma falta de un punto final de clausura sirve como una suerte de negación que nos evita enfrentarnos al trauma de nuestra finitud, al hecho de que nuestra historia debe terminar en algún punto –no hay un punto definitivo e irreversible, puesto que, en este universo múltiple, siempre existen otros caminos por explorar, realidades alternativas en las que uno se puede refugiar cuando parece alcanzar un punto muerto” <http://zizek-en-castellano.blogspot.com/2010/05/lo-real-del-ciberespacio-el.html>

<sup>8</sup> Una lectura arrogante y limitada de este problema nos habría privado con seguridad de enfoques bastante amplios. El fracaso general de la experiencia nos introdujo en un campo desconocido, atractivo, por lo demás.

<sup>9</sup> Dice Emile Cioran, en su texto “El árbol de la vida”: “Si el hombre hubiera tenido la menor vocación hacia la eternidad, en lugar de correr hacia lo desconocido, hacia lo nuevo, hacia los estragos que entraña el apetito de análisis, se habría contentado con Dios, en cuya familiaridad prosperaba” CIORAN, E.M., “La caída en el tiempo” Tusquets Editores, S.A, Barcelona, 1993.

<sup>10</sup> En este video puede verse su exposición al respecto: <http://www.youtube.com/watch?v=00u4kUuU6rE>

<sup>11</sup> No parece una coincidencia que en alemán el verbo “soñar” se escriba “träumen”.

<sup>12</sup> Narrar historias siempre ha sido el arte de seguir contándolas, y este arte se pierde si ya no hay capacidad de retenerlas. Y se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído. Cuanto más olvidado de sí mismo está el escucha, tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído. Cuando está poseído por el ritmo de su trabajo, registra las historias de tal manera, que es sin más agraciado con el don de narrarlas. Así se constituye, por tanto, la red que sostiene al don de narrar. Y así también se deshace hoy por todos sus cabos, después de que durante milenios se anudara en el entorno de las formas más antiguas de artesanía. Benjamin, Walter. Taurus Ed., Madrid 1991.

<sup>13</sup> El siguiente texto fue escrito a propósito de esta situación: <http://soyperiodista.com/noticias/nota-9376-campus-party-bogota-y-mi-tumor-cerebral>

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, la novela *La posibilidad de una isla*, de Michele Houellebecq.

## Referencias

---

Ariès, Philippe. (1995). *Ensayos de la memoria*. Editorial Norma, S.A, Bogotá.

Benjamin, Walter. (1991). *El narrador*. Taurus Ed., Madrid.

Borges, Jorge Luis. *Prosa*. Círculo de Lectores, S.A. Barcelona.

Cioran, E. M. (1993). *La caída en el tiempo*. Tusquets Editores, S.A, Barcelona

\_\_\_\_\_. (2002). *La tentación de existir*. Santillana Ediciones Generales, S.L. Madrid

Fuguet, Alberto. (2011). *Missing: una investigación*. Alfaguara, Edición en Colombia

Houellebecq, Michel. (2005). *La posibilidad de una isla*. Alfaguara, Barcelona

Pécaut, Daniel. (2003). *Violencia y política en Colombia, elementos de reflexión*. Hombre Nuevo Editores, Medellín

Vonnegut, Kurt. (1999). *Matadero Cinco*. Editorial Anagrama. Barcelona

“Slavoj Žižek en español” [consultado durante el mes de Septiembre de 2011] Disponible en

<[http://zizek-en-castellano.blogspot.com/2010/05/lo-real-del-ciberespacio-el.html#\[8\]](http://zizek-en-castellano.blogspot.com/2010/05/lo-real-del-ciberespacio-el.html#[8])>

**Recibido:** febrero 20

**Aprobado:** mayo 29 de 2012

